

**EDIPO:
ENTRE HISTORIA Y MITO**

*Comunicación efectuada
por el Académico Presidente Dr. Hugo Francisco Bauzá,
en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires,
en la sesión plenaria del 29 de noviembre de 2011*

La publicación de los trabajos de los académicos y disertantes invitados se realiza bajo el principio de libertad académica y no implica ningún grado de adhesión por parte de otros miembros de la Academia, ni de ésta como entidad colectiva, a las ideas o puntos de vista de los autores.

EDIPO: ENTRE HISTORIA Y MITO

Dr. HUGO FRANCISCO BAUZA

Síntesis

Respecto de Edipo esta comunicación pretende distinguir, por un lado, los aspectos que remiten a su posible existencia histórica y, por el otro, los que corresponden al folklore; una vez alcanzada esta distinción, en un camino que va *de la historia al mito*, ver cómo se construyó la leyenda trágica en torno de su figura.

Abstract

The object of this lecture is to discern, with reference to Oedipus, the aspects which correspond to folklore, on the one hand, and those which remit to his possible historical existence, on the other; when this distinction has been achieved, *in a road from history to myth*, to analyze how the tragic legend was construed round his figure.

En 1846, en el “Prólogo” a su monumental *History of Greece*, el historiador inglés Georges Grote consignó: “Escribo los tiempos más antiguos separadamente, tal como han sido concebidos por la fe y el sentimiento de los primeros griegos, y tal como son conocidos, solamente por medio de sus leyendas, sin pretender medir la cantidad, grande o pequeña, de elementos históricos que estas leyendas puedan contener”¹.

Esta declaración del estudioso nos incita a indagar en el mito de Edipo sus posibles elementos históricos.

¹ Cit. por J. C. Bermejo Barrera, *Introducción a la sociología del mito griego*, Madrid, Akal, 1979, p. 11.

1. Introducción

El nombre de Edipo cobró relevancia en la cultura occidental en particular a partir de Sófocles; sin embargo, con antelación al poeta trágico, existen diversos testimonios –literarios, lingüísticos, iconográficos...– que dan cuenta sobre este desdichado personaje. Por tanto, Sófocles no fue el primero en ocuparse de Edipo, aunque sí el que logró proyectar su imagen a una dimensión universal. Su *Edipo rey* es una de las obras más comentadas, valoradas y discutidas desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, no sólo en Occidente sino, incluso, en lo que llamamos Oriente.

Este dramaturgo, en las fiestas dionisiacas que, durante el siglo de Pericles, se celebraban en Atenas, habría presentado esta pieza con el título *Edipo*, a secas, sin el adjetivo con que hoy la conocemos (*ad hoc*, cf. Aristóteles, *Poética*, 1462b 2). Tiempo más tarde, y en la misma antigüedad clásica, esta tragedia pasó a llamarse *Oidípous Týrannos ‘Edipo rey’*, para diferenciarla de su otro Edipo: *Oidípous epì Kolonôi ‘Edipo en Colono’*.

La historia de esta figura trágica había sido tratado con antelación por Esquilo en una tetralogía conformada por *Layo*, *Edipo*, *Los siete contra Tebas* y el drama de sátiros *La Esfinge*; de esas cuatro piezas, sólo conservamos *Los siete contra Tebas*. En cuanto al drama sofocleo, no hay criterio unánime sobre su fecha de representación pero se presume que fue en el 425 a.C. (*circa*)², Sófocles contaría entonces con 65 años de edad. Esta tragedia obtuvo el segundo premio, el primero correspondió a una pieza de un tal Filocles, sobrino de Esquilo, que no llegó hasta nosotros.

Edipo en Colono, en cambio, fue representada, también en Atenas, en el 401 (*circa*), merced a un Sófocles *junior*, probablemente su nieto, para esa fecha el poeta ya había fallecido. En ella, al retomar la historia de Edipo, no sólo vuelve a introducir elementos fantásticos procedentes del folklore y de la tradición religiosa, sino que incluso los agiganta.

En la primera evoca la historia de un hombre que, sin saberlo, mata a su padre y, también sin saberlo, se une a Yocasta, su progenitora, teniendo con ella cuatro hijos: Etéocles, Polinices, Antígona e Ismena. Tras una peste enviada por los dioses en castigo por el

² Como los acontecimientos referidos ocurren con antelación a nuestra era, en lo sucesivo se omite mencionar ese hecho.

crimen perpetrado contra el rey Layo, como el adivino Tiresias incrimina a Edipo, existe la fuerte presunción de que éste sea el regicida. No obstante lo grave de la incriminación, Edipo se esfuerza denodadamente por conocer la verdad, por más dolorosa que fuere, y promete desterrar al culpable.

Despejadas las incógnitas y cuando los hechos son evidentes y, por tanto, irrefutables, Yocasta se suicida y Edipo, con las joyas que pertenecieron a su madre-esposa, se rasga los ojos y emprende el destierro que era la pena que, siendo rey, había impuesto para castigar al asesino de Layo. Privado de la vista y guiado por Antígona marcha a Colono. Sus ojos no le permitieron conocer la verdad, que sí la había conocido Tiresias quien, al estar privado de la vista, según el imaginario de la época, había sido compensado con el don de la videncia.

La segunda pieza –*Edipo en Colono*– muestra el destierro del personaje en esa pequeña aldea del Ática, a pocas millas de Atenas, donde habría nacido el poeta y donde Edipo se exilia. En Colono rechaza y maldice a sus hijos varones, quienes, luego de haberlo desterrado, le piden ayuda para apoderarse del reino. Edipo, recluso en el bosque de las Euménides, donde se había refugiado, manda llamar a Teseo, rey del Ática, para solicitarle hospitalidad y revelarle el contenido de un antiguo oráculo: su cuerpo, miasma despreciable, tras su muerte hará inviolable el sitio donde fuera sepultado y es por esa razón que sus hijos, sabedores de esa profecía, desean repatriarlo.

Cuando, mediante prodigios, el malhadado personaje advierte que la muerte se le aproxima, se despide de sus dos hijas y manda llamar a Teseo para que lo acompañe en ese trance. A éste le dice:

“Dentro de pocos momentos, yo mismo, sin que nadie me lleve de la mano, saldré en busca del paraje donde debo morir. Jamás se lo descubras tú a mortal alguno, ni le digas dónde queda escondido, ni en qué región está; pues él será para ti un baluarte contra tus vecinos, más inexpugnable que los muchos escudos y que los ejércitos aliados” (vv.1520-25)³.

Sabemos, por un *ángeles* ‘mensajero’, que luego de un trueno se escuchó una voz divina que le decía: “Vamos, vamos, Edipo, ¿para qué retrasarnos la partida? Ya hace tiempo que la andas difiriendo” (vv. 1627-28), y que junto al rey ascendió por una colina; siguieron truenos y relámpagos, tenidos entonces como evidencia de un hecho

³ Cito en la traducción de Ignacio Errandonea, Sófocles, *Tragedias*, tomo I, Madrid, CSIC, Col. “Alma Mater”, 1984, p. 189.

sobrenatural que pronunciaba el tránsito de Edipo a otro estado de la existencia, apoteósico según el imaginario helénico. En la versión de este dramaturgo nada más se supo de Edipo, tampoco del sitio donde pidió ser sepultado, aunque se deduce que en Colono. Su muerte –según el relato sofocleo– se enmarca en el ámbito de lo sobrenatural, revestida de sacralidad y, fundamentalmente, de misterio⁴.

2. Edipo en la historia

Durante dos milenios se tuvo la convicción de que los acontecimientos de la guerra greco-troyana eran una fantasía urdida por Homero en las dos epopeyas por todos conocidas. No existía ninguna prueba fidedigna, ninguna rastro tangible que diera muestras de esa contienda, más aún, tampoco ningún vestigio arqueológico de lo que habría sido Troya, si es que existió. Fue menester llegar hasta la segunda mitad del siglo XIX en que, merced al tesón y perseverancia de Heinrich Schliemann, un aventurero devenido arqueólogo, esta ciudad, hasta entonces situada sólo en una cartografía mítico-poética, adquiriera carta de ciudadanía histórico-geográfica. En efecto, Schliemann, tras una serie de excavaciones llevadas a cabo en Hissarlik (Turquía) a partir de 1870, descubrió los restos de lo que otrora fue Troya y con ello antedató en cuatro siglos la historia de Grecia, hasta entonces sólo considerada desde el 776, fecha de la primera Olimpiada⁵; de ese modo, otorgó veracidad histórica a acontecimientos, hasta entonces juzgados fantásticos, acaecidos en la edad del bronce.

Si bien, al considerar los diferentes estratos urbanos del solar donde se alzaba esta *pólis*, este pionero de la arqueología confundió las fechas de los asentamientos, su continuador, el arquitecto Wilhelm Dörpfeld y, tras él, las misiones científicas de Blegen –de la Universidad de Cincinnati– y luego, las del recientemente fallecido Manfred Korfmann corroboraron las presunciones de Schliemann y demostraron no sólo la existencia histórica de la Troya cantada por Homero, sino también que dicha ciudad, inmensa para la época según M. Korfmann, habría sucumbido de manera violenta y arrasada

⁴ Entiendo razonable recordar que, para algunos estudiosos, el final del *Edipo en Colono* es una interpolación que no corresponde a la mano de Sófocles; así para Adolf Müller en su *Aesthetischer Comentar zu den Tragoedien des Sophocles*, Paderborn, 1913, pp. 134-141.

⁵ Así, por ejemplo, la considera George Grote en su *History of Greece*, 1846.

da luego por el fuego como corolario de la famosa guerra cuyo asedio de diez años diversos testimonios la sitúan entre el 1193 y el 1184. Es decir que acontecimientos sucedidos en la cuenca oriental del Mediterráneo y juzgados como fantásticos hasta hace algunas décadas, cobran hoy visus de historicidad merced a la arqueología.

Algo semejante a lo sucedido con la leyenda troyana, sucede con la tebana a la que pertenece Edipo. Su nombre forma parte de la saga de héroes tebanos que se remonta al II milenio antes de nuestra era. A lo largo del tiempo, su figura adquirió sombría fama por fuerza de la leyenda, hoy acrecida merced al psicoanálisis freudiano que se valió de su historia mítica para configurar y explicar uno de los grandes complejos de la natura humana: el de Edipo.

Sófocles, ciertamente, echó mano de un mito preexistente, pero ¿qué datos poseemos hoy sobre Edipo con antelación a Sófocles?

3. Edipo antes de Sófocles

Los primeros testimonios conservados sobre Edipo nos los proporciona Homero, vale decir, un autor tres siglos anterior a Sófocles. Sus epopeyas, compuestas aproximadamente en el siglo VIII, remiten a acontecimientos históricos y fantásticos ocurridos en torno del siglo XII, vale decir, unas cuatro centurias antes.

En la *Ilíada*, en el canto en que se habla de los juegos fúnebres en honor de Patroclo, Homero menciona a un tal Euríalo, procedente de Argos, “que una vez fue a Tebas después de la caída de Edipo, para sus funerales y que allí venció a todos los cadmeos”⁶. El contenido de este relato coincide con un fragmento del poeta Hesíodo que señala que “cuando Edipo murió en Tebas, Argía, hija de Adrasto, asistió junto con otros a sus funerales”⁷.

Otra referencia a Edipo nos la brinda el mismo Hesíodo en sus *Trabajos y días* cuando, al hablar de las dos grandes guerras (*i.e.* la tebana y la troyana), al referirse a la primera, destaca que en ella sucumbieron algunos héroes: “unos, al pie de Tebas, la de siete puertas, tierra de Cadmo, cuando combatían por los rebaños de Edipo”⁸ y otros, al luchar por la toma de Troya.

⁶ XXIII 677-680; cito por la traducción de la *Ilíada* (con leves modificaciones mías) de Emilio Crespo Güemes, Madrid, Gredos, BCG, 1991, p. 576.

⁷ Frag. 192.

⁸ 159-163.

Por tanto, la idea sofoclea de que Edipo habría muerto de manera sobrenatural ascendiendo a una colina sólo acompañado por Teseo, no condice con testimonios más antiguos según los cuales este personaje habría perecido combatiendo en Tebas y que en su funeral se llevaron a cabo diversos certámenes como se habituaba hacerlo en esa época. Estos testimonios –reitero, anteriores a Sófocles– *invalidan que el desdichado personaje se hubiera cegado y desbaratan también la versión sofoclea de su destierro en el Ática* ya que Edipo, tras la evidencia de la verdad y el suicidio de Yocasta, no se habría cegado, sino que habría seguido reinando en Tebas hasta su muerte.

En la *Odisea*, en la *nékyia* o ‘evocación de difuntos’, leemos: “Luego vino la madre de Edipo, la bella Epicasta, que un gran sacrilegio cometió sin saberlo al casarse con Edipo, su hijo. La tomó como esposa tras haber dado muerte a su padre y los dioses lo comunicaron a la gente. Él, en Tebas, gobernando a los cadmeos, sufrió dolorosamente por infaustos designios divinos y ella marchó a las casas de Hades de sólidos cierres, ya que, rendida de angustia, se ahorcó suspendiendo una cuerda de la más alta viga. Al morir le dejó nuevos duelos, cuantos suelen traer a los hombres las furias maternas”⁹.

Primera cuestión: en la *Odisea* la madre de Edipo no se llama Yocasta, sino Epicasta.

Segunda cuestión: la *Ilíada* nada dice de los cuatro hijos que Edipo –según la versión de Sófocles– habría tenido con su madre; habla, sí, de Etéocles y Polinices pero no los señala como hijos de Edipo¹⁰. Acorde con ello la *Edipodia*, que se remonta al siglo VII, señala que Edipo no tuvo sus hijos con Yocasta, sino con Euriganea, su segunda esposa, lo que es reiterado por Pausanias (segunda mitad del siglo II). Esa filiación reaparece también corroborada en la *Tebaida*, composición que remitía a los asuntos de Tebas y a su famosa guerra con Argos.

Ciertas divergencias sobre algunos datos respecto de su persona, y que hacen dudar acerca de su posible historicidad, hoy se aclaran con el auxilio de la micenología. Así, por ejemplo, en la mutación del nombre –Epicasta / Yocasta–, me remito a la sugerente explicación de M. Sánchez Ruipérez¹¹ a quien sigo en muchos aspectos. Según interpreta este reputado helenista, *Iokáste*, el nombre que le da

⁹ XI 271-280, trad. de José Manuel Pabón (con leves modificaciones mías), Madrid, Gredos, BCG, 1990, pp. 272-273.

¹⁰ IV 377-386.

¹¹ *El mito de Edipo. Lingüística, psicoanálisis y folklore*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 69-77.

Sófocles, es una variante de la forma *Epikáste* mencionada en la *Odissea* (XI 271).

La palabra *Epikáste* presenta una estructura inequívocamente helénica y es la forma con que los aedos jonios designaron a la madre-esposa de Edipo. Se trata de un compuesto nominal cuyo segundo elemento *-káste-* pertenece a una categoría muy conocida que remite a nombres de mujeres –vgr. *Medikáste*, *Polykáste*, *Pankáste...*– lo que también está atestiguado en tablillas micénicas. Dicho sufijo significa ‘la famosa, la que se destaca’ (el *epi*, procedería de la asociación con una forma verbal con igual valor métrico, de frecuente uso entre los rapsodas y que tendría valor intensificativo).

En cuanto a *Iokáste*, el prefijo *Io-* se explicaría como una simplificación del micénico *iós* que significa hijo¹². Yocasta sería por tanto “la famosa por su hijo” que es la forma usada por los griegos continentales, frente a la variante *Epikáste* de los griegos jonios; por tanto, ambos nombres se referirían a una misma persona.

Pongo énfasis en que el carácter popular de estos apelativos permite acercar a estos personajes presumiblemente históricos a la esfera del folklore. En esa época, según testimonia la tradición, los llamados nombres “parlantes” –vale decir, los que encerraban un significado que evidenciaba una cualidad de quien lo portaba– pertenecen a la esfera del folklore. Así, por ejemplo, Yocasta es la ‘famosa por su hijo’, Edipo ‘el de los pies hinchados’, Etéocles ‘el brillante’, Polinices ‘el batallador’...

Respecto de la disputa de Etéocles y Polinices por el reino de Tebas éste remite a un hecho que verdaderamente existió: la guerra de argivos, al mando de Polinices, contra los tebanos, comandados éstos por Etéocles que defendía la ciudad. Se trata de un suceso históricamente documentado que prueba la existencia real de esos hermanos fratricidas *que más tarde la leyenda vincula a Edipo*, incorporándolos como sus hijos en una suerte de mixtura popular de sagas y leyendas. Ciertamente esta pareja fratricida no era hija de Edipo, tal como lo ponen de relieve mitólogos e historiadores con argumentos convincentes. Las figuras de Etéocles y Polinices eran, por lo tanto, independientes de la historia de Edipo¹³.

¿Por qué entonces fueron añadidas a su leyenda?

En la antigua cultura helénica la culpa no castigada era heredada por los descendientes ya que no se trataba sólo de una cuestión

¹² Sánchez Ruipérez, *op. cit.*, pp. 73-74.

¹³ S. A. Santiago Álvarez, “La fusión de dos mitos tebanos”, en *Faventia*, 3 (1981) 19-30.

personal, sino que afectaba a la estirpe; así, pues, el castigo pasaba a la familia, más específicamente, a los hijos (las Erinias, cuyo papel en el Olimpo era castigar los delitos de los consanguíneos, son harto memoriosas y no perdonan). De ese modo, al quedar impune la muerte de Layo ya que históricamente Edipo, pese al parricidio, continuó reinando hasta su muerte, para el imaginario popular era menester incorporar a ese relato hijos que saldaran la deuda pendiente y es así como a la leyenda de Edipo se le adosó la de estos dos hermanos que, como dije, no pertenecían al tronco originario del relato sobre Edipo.

Por otra parte, al analizar la etimología del nombre *Antigóné* los lingüistas advierten dos elementos clave: *antí* y *gónos*, vale decir, 'la que sustituye al hijo'¹⁴, por tanto, la incorporación de la leyenda de Antígona al mito de Edipo sería tardía ya que viene luego de los dos hijos citados muertos en combate que, reitero, no pertenecían al tronco originario de la leyenda.

4. Las tumbas de héroes

Otra cuestión en favor de la veracidad histórica de Edipo y de otros personajes de la edad heroica es que viajeros de la antigüedad clásica mencionaban la existencia de varias tumbas –hoy desaparecidas– que se remontaban a época cercana a la guerra greco-troyana en las que habrían sido sepultadas las cenizas de héroes evocados por Homero. La minuciosa referencia de esos cronistas proporciona nuevos visos de historicidad a acontecimientos que antes de los hallazgos de Schliemann eran tenidos meramente como fantásticos. Empero, en el caso de Edipo, se da nuevamente una circunstancia azarosa que enmaraña la relación entre historia y fantasía.

Existen testimonios de que en la antigüedad se mencionaban cuatro enterramientos con el nombre de Edipo: uno en Esparta, otro en el Areópago de Atenas, un tercero en Colono (Ática) y el cuarto en Eteono (Beocia)¹⁵. Se trataba, simplemente, de viejas tumbas erigidas en recuerdo de héroes desconocidos que la tradición y la leyenda, *para dar relevancia y notoriedad al lugar*, atribuyen a Edipo (fenómeno similar sucedió en el Medioevo con las tumbas y reliquias de santos). El hecho de que no hubiera ninguna tumba en Tebas que

¹⁴ M. Sánchez Ruipérez, *op. cit.*, p. 87.

¹⁵ M. Sánchez Ruipérez, *op. cit.*, p. 38.

evocara a Edipo, estaría en consonancia con la versión sofoclea de que murió en el destierro. Advertimos, en consecuencia, que la popularidad de la versión sofoclea *habría contribuido a desvirtuar los hechos históricos*, si nos atenemos a que los testimonios más antiguos señalan que Edipo murió combatiendo en Tebas, su ciudad, y donde luego se hicieron sus funerales, tal como he señalado.

Tras exhumar Troya, Schliemann, en 1876, emprendió la excavación del solar donde entendía que debió haber estado Micenas, la gran ciudad cuyo rey, Agamenón, comandó la flota helénica que sitió y destruyó Troya; también esta empresa se vio coronada con éxito ya que este arqueólogo *avant-la-lettre* halló la acrópolis de la ciudad que buscaba.

La celebridad de esta *pólis*, rica en oro según el epíteto con que la denomina Homero, no pertenece más que a la edad heroica ya que la ciudad perdió importancia después del “regreso de los heraclidas” y de la ocupación de Argos por los dorios; empero, mantenía su independencia y sostenía la causa nacional contra los persas. Heródoto refiere que ochenta micenios combatieron y murieron con la pequeña guardia de espartanos en las Termópilas (VII, 202), y que cuatrocientos micenios y tirintos tomaron parte en la batalla de Platea (IX, 288). Los argivos, que habían permanecido neutrales, envidiaron a los micenios el honor de haber participado en esas batallas, además y principalmente, temieron que, vista la vieja gloria de esa ciudad, los micenios volvieran a asumir la hegemonía de la Argólida; por esas razones sitiaron Micenas y luego la destruyeron y quemaron en el 466 (cf. Diodoro Sículo, VIII, 6; Pausanias, II, 16).

Cuando el historiador Tucídides visitó esta *pólis*, la encontró totalmente arrasada. Cinco siglos y medio más tarde Pausanias, al recorrer sus ruinas, vio parte de su ciudadela, la puerta con los dos leones, los así llamados tesoro y tumba de Atreo, las de los compañeros de Agamenón asesinados por Egisto, de Casandra; del mismo Agamenón, del auriga Eurimedonte, de los hijos de Casandra, de Electra, y de Egisto y Clitemnestra (*ibid.*, II 16).

Destaca el historiador que estas dos últimas tumbas estaban fuera del recinto de la ciudad, pues *se las juzgaba indignas de ser enterradas en el interior donde reposaban Agamenón y aquellos que fueron asesinados con él*. También Pausanias dice haber visto tumbas en la acrópolis, salvo las de Egisto y Clitemnestra que eran las únicas que estaban fuera de los muros de la ciudadela tal como ya lo había explicado Tucídides.

Schliemann, al analizar los testimonios procedentes de la antigüedad que se refieren a esas tumbas heroicas¹⁶, se detiene en el parecer del geógrafo e historiador Estrabón (siglo I) quien cuenta que los habitantes de *Ilium-Novum* (i. e., Troya) hacían sacrificios funerarios no sólo a las tumbas de Aquiles, de Patroclo y de Antíloco, sino también a la de Áyax (XIII, 1).

Dion Casio (siglos II y III) narra que Caracalla con su ejército hizo sacrificios fúnebres en honor de Aquiles y diversas competencias en torno de su sepulcro (LXXVII, 16).

Entre las tumbas evocadas por historiadores de la antigüedad aparecen las de Agamenón, de Héctor, de Aquiles y, entre otras, la de Edipo, halladas tanto en la antigua Jonia, cuanto en la Grecia continental. Desgraciadamente hoy no contamos con restos arqueológicos de esos túmulos, aunque Schliemann nos indica que si excaváramos sin duda las encontraríamos.

No tenemos certeza de que tales tumbas hayan pertenecido a los héroes citados tal como conjetura Schliemann siguiendo el testimonio de historiadores y viajeros de la antigüedad, en cambio, resulta verosímil la idea de la existencia histórica de los seres evocados en las antiguas epopeyas.

Sobre estos enterramientos conviene recordar que en la edad heroica, según Homero, los cadáveres eran incinerados –la inhumación, que sustituyó a la cremación, en esas regiones sólo comenzó a difundirse en época del emperador Caracalla (siglos II y III)–. La aparente contradicción se sana indicando que esas tumbas no contendrían los cuerpos de los héroes, sino sus cenizas una vez cumplido el rito de incineración al que he aludido.

Lo que es indubitable es que esas tumbas pertenecían a antiguos héroes. Pero, ¿qué héroes? ¿Los evocados en las leyendas tebana y troyana? No estamos seguros de que así fuere, *pero es verosímil inclinarse por la afirmativa*. En consecuencia, no sólo no es un disparate pensar que podrían pertenecer a algunos de esos legendarios personajes evocados por Homero sino, por el contrario, altamente probable.

Antiguas ciudades como Troya, Micenas, Argos, Tirinto, Tebas que, hasta la segunda mitad del siglo XIX sólo pertenecían a una localización fantástica, merced a Schliemann adquirieron carta de

¹⁶ Remito a *Ithaque, Le Péloponnese, Troie. Recherches archéologiques*, París, C. Reinwald, Libraire-Éditeur, 1869; podrá consultarse nuestra traducción : *Ítaca, El Peloponeso, Troya. Investigaciones arqueológicas*, en prensa, Madrid, Editorial Akal, fecha prevista de publicación: marzo de 2012.

ciudadanía histórica; de igual modo, los sucesos narrados en torno de estas *póleis*, visos de veracidad; lo mismo sucede con los personajes que intervinieron en tales guerras aun cuando, reitero, no contemos con sus tumbas, hoy desaparecidas pero que sí debieron existir.

En la actualidad, por ejemplo, nadie pone en duda la existencia histórica de Agamenón, rey de Micenas, y de su pérfida mujer, Clitemnestra, de la misma manera como del otro lado de los acontecimientos bélicos, nadie cuestiona que Héctor haya existido. Pero el caso de Edipo es más complejo ya que su presunta existencia se enlaza con una serie de hechos fantásticos que terminan por debilitar la historicidad de su figura, para situarla más bien en el plano de la leyenda.

¿Qué pasó con Edipo? ¿Vivió realmente? Y si es que vivió, ¿alguna de la o las tumbas a él supuestamente consagradas conservaban verdaderamente sus restos? ¿Cuánto hay de verdad y cuánto de fantasía en torno de este personaje?

5. Edipo: entre la realidad y la fantasía

A los datos presumiblemente veraces sobre su existencia, que recogemos a través de la literatura, la historia, la lingüística y la iconografía, más tarde se añadieron otros de corte fantástico procedentes del folklore. Son estos testimonios los que dan cuenta *del tránsito de la historia al mito*, tales como incorporar en su leyenda hechos irreales –así, su victoria sobre la Esfinge– u otros falsos como el atribuirle hijos que no le pertenecían.

Sobre esta cuestión son de valía los aportes que señalaron el historiador de la religión griega Martin P. Nilsson¹⁷ y el antropólogo Vladimír Propp¹⁸; este último advierte, en el relato de Edipo, un fuerte componente de cuento popular. Así, pues, encuentra en él motivos míticos que pertenecen al folklore –los que también se aprecian en culturas que no guardan contacto alguno con la griega–, tales como exposición, parricidio, victoria sobre monstruos, incesto, descubrimiento de acertijos, casamiento con la reina o princesa, arribo al trono, etc.

¹⁷ *The Mycenaean Origin of Greek Mythology*, Berkeley, 1932 y su famosa *Geschichte der griechischen Religion*, Handbuch der Altertumswissenschaft herausgegeben von W. Otto, I, Múnich, 1941.

¹⁸ *Edipo a la luz del folklore*, trad. C. Caro López, Madrid, Fundamentos, 1980. V. Propp y, tras sus huellas Lord Raglan (cf. *The Hero*, Londres, 1937) buscan los *patterns* definitorios de la figura heroica.

¿Cómo se da esta simbiosis entre hechos reales y fantásticos?

Con el propósito de conferir una cuota de credibilidad a los citados motivos folklóricos que, obviamente, carecen de una localización geográfica definida, *se les atribuyen un espacio y un lugar determinados*, en este caso la Tebas del siglo XII en que vivió el tal Edipo.

Los folklorólogos entienden que, como consecuencia de la necesidad de satisfacer la curiosidad popular ante un personaje famoso como Edipo –¿qué sucedió luego con él?, ¿qué resultados dio la relación con sus madre?, ¿tuvo hijos?, ¿qué pasó con ellos?–, *estos vacíos e interrogantes se colman con mitos y leyendas populares*. De ese modo la narración sobre su persona se reviste de circunstancias fantásticas que no pertenecían al así llamado relato histórico, tales como el haber tenido hijos con su madre, el fin trágico de éstos, su ceguera o la apoteosis en el trance final, según he mencionado.

La tendencia a incorporar en un posible núcleo histórico elementos fantásticos o imaginativos se advierte también cuando, de un mismo motivo mítico, hallamos variantes, tal, por ejemplo, lo que sucede con Yocasta. Una de ellas explica que la reina no se habría suicidado –como señala la tradición a partir de Homero–, sino que, luego de que Edipo maldice a sus hijos y que éstos disputan por el gobierno de Tebas, la reina intercede para que Etéocles y Polinices no se enfrenten en combate; por tanto, Yocasta, según esa versión, no se habría suicidado al enterarse de la verdad. Tal lo que se lee en un fragmento papiráceo de Estesícoro de Himera (s. IV a.C.) que refiere que “la divina madre propuso un arreglo para evitar la guerra fratricida”¹⁹.

La alteración de motivos míticos obedece a transformaciones socio-culturales, religiosas e, incluso, económicas. Tales mutaciones, además de proceder de diversos cambios sociales, son a la vez las que determinan esos cambios. Las culturas y los mitos varían y, en consecuencia, sus contenidos también. “Lo único que permanece más o menos constante es la relación entre el hombre y su cultura, relación en la que el hombre, como producto cultural, cambia al compás de la misma”²⁰.

Atento a diversos episodios populares insertos en el mito de Edipo y a que leyendas similares se encuentran en otras culturas, como es el caso de la historia de Andrés de Creta muy similar a la de

¹⁹ *Papyrus Lille 76*, citado por M. Sánchez Ruipérez, en *op. cit.*

²⁰ J. C. Bermejo Barrera, *op. cit.*, p. 29; el mito, en consecuencia, debe ser visto como un elemento de cohesión social, según lo interpreta G. Dumézil.

Edipo, advertimos que el relato en torno al hijo de Layo reviste también carácter de cuento popular, tal como ha subrayado Martin P. Nilsson²¹. Esta nota fantástica procedente de la tradición folklórica se aviva en el caso de la cultura griega, debido a una predilección de este pueblo por la fantasía según se aprecia en su mitología; con todo, pongo énfasis en que *esa circunstancia no invalida pensar en el trasfondo histórico de la leyenda de Edipo*.

El sincretismo de elementos históricos y fantásticos nos lleva también a considerar otros aspectos que tienen asidero en el folklore, tales como el tema de la *expositio*, que se añaden al relato sobre Edipo; estos elementos substraen su figura del plano de la historia y la inscriben en la de la leyenda.

6. ¿Era Edipo un expósito como sostiene la leyenda?

No tenemos datos para afirmarlo más que lo que nos transmite la tradición. Empero, si queremos seguir las huellas de la tradición y de la versión sofoclea, debemos atender a que para el imaginario popular *los expósitos que lograban sobrevivir eran llamados a sobresalir*. Tal circunstancia era explicada o bien porque los expósitos que lograban sobrevivir poseían una naturaleza superior —se salvan los más fuertes de una especie—, o bien porque para la credulidad de esos pueblos, éstos contaban con una *surveillance* divina que les permitía sortear obstáculos y adversidades. Sea por una razón o por la otra, eran tenidos como seres superiores destinados a hechos notables. Los ejemplos son numerosos, *brevitatis causa*, cito los de Moisés, Ciro el grande, Edipo o los de los gemelos Rómulo y Remo²².

No hay información histórica que ponga en evidencia que Edipo haya sido un expósito aunque podría haberlo sido ya que así lo refiere el mito que, en muchos casos, suele ser reflejo de un primitivo hecho histórico. El abandono o exposición —para nosotros un acto cruel y vituperable a todas luces— era una práctica relativamente frecuen-

²¹ “Der Oidipousmythus”, in *Opuscula selecta*, I, Lund, 1951, pp. 318-350. El citado M. Nilsson, en un valioso trabajo (*The Mycenaean Origin of Greek Mythology*, Berkeley, 1932), al advertirnos sobre el origen micénico de los mitos griegos, plantea que éstos, prácticamente en su mayoría, se vinculan con casas reales y que atañen a problemas vinculados al poder; entre otros ejemplos, lo ejemplifica con el caso de Edipo.

²² O. Rank, *El mito del nacimiento del héroe*, trad. E. A. Loedel, Buenos Aires, Paidós, 1961 y Marie Delcourt, *Oedipe ou la légende du conquérant*, París, Les Belles Lettres, 1981, espec. cap. I.

te en diversas culturas animistas de las que, según la mitología, parece haber participado la antigüedad griega.

¿Quiénes eran expuestos o abandonados, y por qué?

En primer lugar los nacidos con alguna deformación física ya que, como explica J. Frazer²³, estos seres eran considerados portadores de un *mana*²⁴ o fuerza negativa: era necesario aislarlos o eliminarlos para evitar que pudieran contaminar al resto de la tribu. En ese sentido Angelo Brelich²⁵ destaca que la deformación física era una marca o señal –una *sphragís* ‘sello’–, real, palpable, visto como estigma que alertaba sobre la peligrosidad de aquél que lo portaba.

Así habría sucedido con Edipo cuyo nombre –*oidéma pouís* ‘edema en el pie’, de donde Edipo– delata una alteración en su anatomía. La marca o señal de este personaje no es un hecho aislado en su vida, sino que la poseen también sus ancestros. Así, Lábdaco, su abuelo, es el cojo²⁶; Layo, su padre, el zurdo, del mismo modo como Edipo es el del pie hinchado (Sófocles, en cambio, dice “taladrado” ya que, como en los casos de cetrería, el siervo de Layo que lo lleva al monte para abandonarlo, cual si llevara una presa de caza, le había horadado los tobillos para pasarle una cuerda con la que colgarlo del palo en que lo llevaba). El antropólogo belga Claude Lévi-Strauss en un análisis estructural –de corte diacrónico– de esta leyenda advierte en su genealogía un rasgo distintivo que atañe ya a sus pies, ya a la manera de desplazarse. Su mérito, como el de otros estructuralistas, ha sido destacar que en el estudio de mitos u otras formas de relato, la clave no radica en estudiarlos de manera aislada, sino atender a las estructuras orgánicas que dan significado al conjunto. Así, pues, un mito no vale en forma independiente, sino contrastado con otro que le hace de *pendant*.

La segunda causal de abandono o exposición, en ocasiones era debida a la duda sobre la legitimidad de la filiación. En la primitiva cultura griega y, más aún, en la de la antigua Roma, ante el naci-

²³ *La rama dorada. Magia y religión*, trad. de E. y T. Campuzano, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

²⁴ H. Hubert y M. Mauss, siguiendo el parecer del misionero y lingüista R. H. Codrington, entienden que “el *mana* es un poder de influencia que se vincula a las personas y a las cosas” y que esta palabra subsume una pluralidad de ideas que nosotros expresamos con términos tales como poder de brujo, cosa mágica, ser mágico, estar poseo.

²⁵ *Gli eroi Greci. Un problema storico-religioso*, Roma, Ed. Dell’Ateneo, 1978.

²⁶ La explicación del significado de Lábdaco como ‘el cojo’ –nombre parlante, como he explicado– procede del micénico –una suerte de proto-griego– donde la lambda mayúscula tenía un trazo o pata más corta, de donde la idea de cojera.

miento de un hijo debía cumplirse con el rito de aceptación por parte del padre. Si éste no lo reconocía como propio el recién nacido no formaba parte del *génos* o *fratría* por lo que, para ese imaginario, no era civilmente una persona y, en consecuencia, podía ser abandonado. Esa circunstancia se asienta en una tradición indoeuropea según la cual la herencia se transmitía por la hija –cuyos hijos son indubitables–, pero no por el hijo cuyos hijos no son indubitables; en otras palabras el reino o la herencia pasaba del suegro al yerno.

También en la leyenda de Edipo advertimos cuestiones socio-culturales que ameritan un tratamiento pormenorizado; así, por ejemplo, vemos que en su mito se cuestionan problemas de parentesco. Ese cuestionarse procedería del enfrentamiento de una sociedad prehelénica matrilineal, como ha destacado el citado M. Nilsson²⁷, frente a la invasión de pueblos indoeuropeos de cultura patrilineal, en los que el linaje se transmite por vía masculina y en los que la mujer no cumple rol alguno en el terreno de la política, sino sólo en el *oikos* ‘la casa’. Detrás de esa costumbre historiadores y sociólogos advierten ecos del traspaso del matriarcado al patriarcado como sucedió en pueblos de la cuenca mediterránea; en ese sentido J. C. Bermejo Barrera²⁸ explica que en los mitos griegos se aprecian huellas palpables de ese traspaso.

Por otra parte E. Fromm, desde la óptica de la psicología social, también sitúa el mito de Edipo en la mudanza de la cultura matrilineal a la patriarcal, donde la tensión padre/hijo procedería de la rebelión de éste contra su progenitor en una sociedad en la que, antes de la invasión de los indoeuropeos, el eje pasaba por la madre.

Como se advierte, a un posible núcleo histórico de este personaje se ha añadido un sinnúmero de cuestiones procedentes del folklore que ha terminado por delinear la imagen de una figura compleja en la que la historia cede terreno, día a día, ante la potencia vivificante del folklore, hasta adscribirla al plano de lo mítico.

²⁷ Ver *The Mycenaean...*, ya citado.

²⁸ *Op. cit.*, princ., cap. II, pp. 77-109.

MESA DIRECTIVA

- 2011-2013 -

Presidente

Dr. HUGO FRANCISCO BAUZÁ

Vicepresidente 1°

Dr. MARCELO A. DANKERT

Vicepresidente 2°

Dr. FAUSTO T. L. GRATTON

Secretario

Ing. JUAN CARLOS FERRERI

Prosecretaria

Dra. AMALIA SANGUINETTI DE BÓRMIDA

Tesorero

Ing. LUIS ALBERTO DE VEDIA

Protesorero

Ing. ANTONIO A. QUIJANO

Director de *Anales*
Académico Titular Dr. Alberto Rodríguez Galán

Consejo Asesor de *Anales*
Académico Titular Dr. Amílcar E. Argüelles
Académico Titular Dr. Mariano N. Castex
Académico Titular Dr. Roberto J. Walton

Secretaria de Redacción
Dra. Isabel Laura Cárdenas

Impreso durante el mes de diciembre de 2011 en *Ronaldo J. Pellegrini Impresiones*,
Bacacay 2664, Depto. 23, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina
correo-e: pellegrinirj@gmail.com